



Las fuerzas de Rayon pues y las de Morelos eran en aquel momento las mas numerosas y las mas bien organizadas que tenian en todo el pais los insurrectos, aunque no por eso dejaban de haber de los insurreccionados de la capital hasta las fronteras, y las de tanto valor y tesoro como hombres que no dejaban de intervenir en las comunicaciones de los golpes y de los desastres de las armas y de las armas.

CAPITULO SEXTO.

RAYON.

A la vez que el cura Morelos formaba sus elementos de guerra con los que iba quitando al enemigo, valiéndose de su astucia y de su actividad, y que ocultaba á los suyos las malas noticias que recibia de los fracasos de la revolucion, ignorando aún el último que era el peor de todos, la traicion consumada en las norias de Bajan, D. Ignacio Rayon que habia quedado en el Saltillo con la investidura de gefe supremo de las armas revolucionarias, al verse con una armada reducida y rodeado por todas partes de ejércitos realistas, se apresuró á salir de aquella poblacion, despues de fusilar á Iriarte, que se habia hecho altamente sospechoso de estar traicionando su causa; y con dos mil hombres escasos tomó el rumbo de Zacatecas.

Las fuerzas de Rayon, pues, y las de Morelos, eran en aquel momento las mas numerosas y las mas bien organizadas que tenian en todo el país los insurgentes, aunque no por eso dejaban de pulular desde las inmediaciones de la capital hasta las fronteras, guerrillas de veinte, doscientos y trescientos hombres, que no dejaban de interceptar las comunicaciones, de dar golpes á los destacamentos realistas y de molestar grandemente al gobierno del virey. Este entre tanto disponia de un ejército de mas de cincuenta mil soldados, la mayor parte veteranos, aunque ocupados en cuidar una zona bastante estensa y bastante desprovista de elementos y de fáciles medios de comunicacion, tropezando con dificultades casi invencibles para realizar sus combinaciones.

Así fué como el teniente coronel D. José Manuel Ochoa, gefe militar de la vasta comarca del Norte, que se proponia acabar con las fuerzas de Rayon de un solo golpe, á duras penas pudo alcanzarlo con algo mas de dos mil hombres que se le fueron incorporando por el camino, aunque ya antes habia destacado cuatrocientos hombres al mando de Rivero, los cuales debian cortar toda retirada á los insurgentes en la hacienda de Patos.

El general D. Ignacio Rayon era un hombre como de unos cuarenta años, bien parecido, inteligente, intrépido, activo, lleno de prudencia reflexiva y amante de su patria como pocos mexicanos, así es que aunque desde el primer momento comprendió toda la responsabilidad que le habia echado encima Allen-

de al dejarle al frente de la insurreccion, y que tenía que vencer dificultades para sostenerse, aceptó casi con júbilo tal situacion, esperando que sus propias inspiraciones podrian servirle mucho para aprovechar la efervescencia en que se encontraba la Nueva-España.

Su propósito era retirarse á algun punto en donde pudiera disciplinar tres ó cuatro mil hombres de buena tropa para poder entrar en combate y no comprometer antes ninguno, pero como llevaba veintidós cañones de diversos calibres y muchos equipajes, su marcha tuvo que ser lenta, y fácilmente fué alcanzado por los realistas que durante cuatro dias fueron molestando su retaguardia, viéndose obligado á detenerse en el Puerto de los Piñones, que le pareció lugar ventajoso para hacer alguna defensa con la gente desmoralizada que lo acompañaba.

En la madrugada del 1.º de Abril tomó posiciones y esperó á pié firme al enemigo que no tardó en presentarse en número casi igual al de los independientes, cargando con ímpetu formidable por los flancos derecho é izquierdo, arrollando en el primero al amo Torres que lo defendia con dos culebrinas que le fueron quitadas.

Rayon con mirada de águila vió que por ese lado le venaria la destruccion de su ejército si no conjuraba prontamente el peligro y tomando las reservas les gritó á sus soldados:

—Hijos, á vencer ó morir.

Desenvainó la espada y fué el primero en lanzarse

al combate. D. José Antonio Torres volvió á su lado, y entre ambos desalojaron á los realistas que se habían adueñado de la mejor posición, recuperando las piezas perdidas. A la vez fueron rechazados por la izquierda y como la caballería insurgente había puesto en fuga á la enemiga, pudo cargar Rayon por el centro y obtener la victoria, estimándose con mucha variedad las pérdidas habidas en uno y otro campo por los historiadores: en lo que están conformes todos es, en que la acción fué muy reñida, en que Rayon quedó vencedor y en que acreditó en aquel lance su capacidad para la guerra.

Los sinsabores que siguieron en la pesada marcha del ejército, son indescritibles. No había agua, no había víveres, no había pasturas en ninguna parte, y tantos trabajos juntos desanimaron á los mas valientes, promoviéndose una sedición por los mismos oficiales acaudillados por el brigadier Ponce, que exigía al caudillo pidiera el indulto. Rayon se vió precisado á oír con paciencia tales reclamaciones.

Para colmo de adversidades, una partida del realista Larraínzar sorprendió la retaguardia de los insurgentes, se llevó los equipajes é hizo prisionero al coronel Garduño que fué mandado azotar por aquel jefe de una manera ignominiosa.

—Es necesario vengar ese ultraje, dijo Rayon al coronel D. Juan Pablo Anaya, y le dió la comisión para que fuera á atacar á Larraínzar en la hacienda de San Eustaquio, en donde se encontrarian á la vez agua y víveres.

Larraínzar fué en efecto sorprendido y derrotado, logrando escaparse á duras penas, despues de perder un convoy de víveres.

En esa hacienda que fué donde los independientes encontraron ya algun descanso despues de tantas fatigas, el brigadier Ponce tornó á sus instigaciones sobre indulto diciendo á Rayon:

—Parece que es ahora tiempo de pedirlo.

Rayon se quedó mirándole.

—Es que no es posible que tengamos otra salida, continuó manifestando el desmoralizado brigadier, antes de ocho dias estaremos hechos pedazos por los enemigos que nos cercan.

Rayon perdió la calma y por toda respuesta enrojó el carrillo del audaz Ponce dándole una soberbia bofetada.

Al día siguiente se evadió el criminal llevándose doscientos hombres.

Rayon sin desanimarse por tantos contratiempos siguió su marcha y volvió á dar descanso á sus tropas en Pozo Hondo, destacando de allí á Sotomayor con 500 hombres para que cayera de súbito sobre la guarnición de Fresnillo, lo cual fué cumplido al pié de la letra.

Desde Bañon adelantó Rayon á Rosales y á Anaya con dos secciones: el primero fué derrotado y el segundo apenas pudo medio practicar los reconocimientos que se le encomendaron, teniendo que ser protegido por Torres que hizo meter á los realistas á sus posiciones.

De Guadalupe fueron destacados D. Francisco Rayon y D. José María Liceaga para ocupar el cerro de la Bufa, pero con tan desgraciado éxito que perdieron toda su fuerza en el primer encuentro, logrando apenas regresar solos al lado del caudillo. Pero Torres vengó muy bien este descalabro en la noche del 14 de Abril que atacó y tomó el cerro del Grillo, en donde los realistas tenían víveres, municiones, artillería y quinientas barras de plata, viéndose obligado el jefe Zambrano á huir con unos cuantos á Jerez, dejando el importante mineral de Zacatecas en poder de los independientes.

El español Bringas quedaba en Ojocaliente, pero fué atacado por el intrépido Sotomayor que mató al jefe y cien soldados mas quedando el resto de la fuerza prisionera.

A los siete dias de permanencia en Zacatecas, segun la costumbre establecida entre los independientes de querer evitar la efusion de sangre, pues casi no hubo combate sin que antes se intentara un avenimiento, no obstante que las mas veces eran fusilados los emisarios que llevaban las cartas para los realistas, Rayon mandó una comision de cinco personas á Calleja, en la cual iba su hermano D. José María, que con trabajos pudo escapar despues de las garras de aquella fiera, cuya comision llevaba un pliego firmado por los dos gefes principales de aquel pequeño ejército independiente, en el cual decian lo conveniente que seria convocar un congreso para que dirimiera

las dificultades, y otras muchas cosas que no convenian al gobierno del virey.

Calleja contestó lo mismo de siempre: que no podia entrar en relaciones con personas que estaban fuera de las leyes, pero que los indultaria si es que se acogian á tal gracia antes de que llegara á Zacatecas.

A D. José María Rayon lo puso en capilla para fusilarlo, de donde salió protegido por el conde de Casa Rul que le ayudó á fugarse, en pago de otra accion que con él habian tenido los Rayon, de la misma naturaleza.

—Ya me esperaba esto, dijo D. Ignacio á sus gefes reunidos en su alojamiento. Ahora oiremos á nuestro explorador.

Un hombre vestido con el traje ordinario del campo se presentó á Rayon.

—¿Viste el ejército de Calleja?

—Sí, mi amo, contestó el palurdo.

—¿En dónde?

—Saliendo de la hacienda del Carro.

—¿Trae cañones?

—Diez muy grandes.

—¿Y á cuántos soldados supiste que ascenderian sus fuerzas?

—A seis mil hombres.

—Está bien. Toma esto y retírate.

Le dió unas monedas y luego que hubo salido dijo Rayon á sus coroneles allí reunidos:

—Ya lo han oidos ustedes. Seria una temeridad

esperar á Calleja con los tres mil hombres mal armados que nosotros tenemos. Contamos con cuarenta piezas de artillería, pero nos faltan artilleros que sepan manejarlas. ¿Qué me aconsejan ustedes?

—Yo soy de opinion que vayamos al encuentro del enemigo, dijo Torres; si hemos de acabar en pequeños encuentros ó por la persecucion que se nos haga, me parece mejor arriesgar todo el juego en un albur.

—Yo estoy porque nos dividamos en muchas partidas, manifestó Sotomayor, y de esa manera no perderemos todos nuestros elementos en un solo golpe.

—No me disgusta la proposicion, dijo el general, para el caso de que todos cumplieran con irse á reunir en el punto dado.

—Yo me ofrezco á quedarme por aquí hostilizando las tropas de Calleja, dijo Rosales.

—En este momento me ocurre lo que debe hacerse, se apresuró á contestar Rayon. D. Víctor Rosales se queda con mil hombres hasta última hora en Zacatecas, y nosotros con dos mil nos vamos por Juchipila para la Piedad, en donde se nos incorporará Don Víctor un poco más tarde, de este modo Calleja no sabrá á quien atacar. En tanto nosotros buscaremos un sitio que nos acomode para organizarnos.

Todos aprobaron la determinacion del gefe como pasa siempre en esa clase de juntas de guerra, y el dia siguiente se verificó la separacion anunciada, saliendo Rayon con dos mil hombres para Aguascalientes.

Calleja que no se dormia, observó aquel movimiento, y mientras destacaba á Empáran para que siguiera á Rayon, llevando una fuerte columna, él continuó su marcha para Zacatecas violentamente, dando apenas tiempo á Rosales para que se presentara solicitando indulto no solo para él sino para todos los que tenia á sus órdenes, entregando diez piezas de artillería, armamento y buen número de barras de plata.

Rayon, como era de esperarse, fué alcanzado muy pronto por Emparan que llevaba un lucido ejército, y fácilmente obligado á buscar la salvacion en la huida, dando cita á todos los suyos para el pueblo de la Piedad, en cuyo lugar habia de verificarse una gran reunion de insurgentes segun las disposiciones tomadas con anterioridad.

Se nos pasaba decir que no obstante el indulto otorgado por Calleja, fusiló once individuos en los momentos de entrar á Zacatecas y dos al dia siguiente. Empáran, por su parte, fusiló á cinco de los prisioneros.

Rayon no encontró en la Piedad á ninguna fuerza de las que habia citado, ya porque unos gefes como Rosales, se habian sometido, ya porque otros se habian lanzado á merodear por propia cuenta; pero sin abatirse por aquella nueva contrariedad, procedió á levantar gente reuniéndose á su alrededor unos doscientos insurgentes armados con palos ó con lo que se podia y hasta unos treinta mil pesos en dinero, con cuyos elementos se puso nuevamente en campaña. En Zamo-

ra organizó cuatrocientos hombres que puso á las órdenes del amo Torres, uno de sus fieles. Con ellos le ordenó que fuera á ocupar á Pátzcuaro, pero fué atacado en la loma de la *Tinaja* por el comandante Linares salido con una fuerte seccion de Valladolid: estaban ya perdidos los independientes, cuando llegó Rayon con su escolta y atacando por la retaguardia á los realistas logró dispersarlos, salvando á la vez á Torres de caer prisionero: estaba herido de un brazo é imposibilitado de escaparse por falta de caballo que se lo habian matado en el mismo lugar del combate.

Reuniéronse en torno de Valladolid todas las partidas de los alrededores, mandadas por Rayon; Torres, Muñiz, Navarrete y otros, llegando á formar un total de fuerza de mil y quinientos hombres y aun hicieron esfuerzos para apoderarse de la plaza; pero no consiguiéndolo por falta de artillería, armas de fuego y municiones, se retiraron á Piripitio en donde Rayon nombró á Torres comandante de Pátzcuaro y Uruápam; de Zacapu á Navarrete; de Panindícuaro á Caneiga; de Tacámbaro á Muñiz, y de Acámbaro y Jerécuaro al comandante Luna, que era un guerrillero activo y valiente.

D. Ignacio Rayon acompañado de sus hermanos, de Liceaga y otros oficiales, se fué, seguido solo de una escolta de veinticinco hombres, para Zitácuaro, en donde se proponia desarrollar algunos planes que dieran nueva vida y nuevo orden á la revolucion.

Es preciso decir, al efecto, que habia por aquellos rumbos una ruda campaña empeñada entre un hombre más cruel y más bárbaro que Cruz y Calleja juntos, cuya fiera se llamaba D. Juan Bautista de la Torre, y todos los vecinos de la comarca que buscaban su salvacion en la defensa. El brutal Torre habia incendiado varios pueblos llevando por todas partes el exterminio y la desolacion, siendo tal su dureza de alma, que en el parte sobre la destruccion de Jocoitlán dado al virey, decia: *teniendo el particular gusto de dejar en el campo más de cuatrocientos cadáveres.* Tan severo escarmiento creo ponga freno á los enemigos de Dios, del Rey y de la Patria, á quienes si así no se verificara, perseguirá mi valiente division hasta lograr su total exterminio. »

Frente á este vándalo se encontraba D. Benedictino Ortiz, de Zitácuaro, ranchero poco instruido pero muy valiente y muy popular, el cual mandaba cosa de unos mil hombres de los contornos que se reunian á la hora del peligro.

Torre que habia ya devastado todos los pueblos, se dirigió á hacer lo mismo con Zitácuaro: Ortiz se defendió heroicamente hasta rechazar con pérdidas á los asaltantes, mandados por Mora y Torrescano, pues que Torre sabia matar á sangre fria pero no combatiendo. Una vez derrotados los realistas, fueron perseguidos por todos los senderos encarnizadamente, sin que se escapara uno de ser muerto ó cogido prisionero. Entre los últimos estuvo el mi-

serable asesino D. Juan Bautista de la Torre, el cual fué materialmente hecho mil pedazos por los indios que estaban contra él sedientos de venganza.

De manera que cuando Rayon llegó á Zitácuaro, población que tiene tan esclarecido nombre en nuestra historia, no habia enemigo con quien combatir, á lo menos inmediatamente, el pueblo estaba orgulloso con la victoria y se contaba con un refugio seguro para que se pudiera al fin organizar la junta de gobierno y comenzar á trabajarse por la futura reunion de un congreso, que era una de las mas grandes aspiraciones del nuevo caudillo de la revolucion.

CAPITULO SETIMO.

LA JUNTA DE ZITÁCUARO.

—¡Demonio! exclamó el virey lleno de un furor satánico luego que recibió el parte de la completa derrota y muerte de su teniente D Juan Bautista Torre en Zitácuaro, este es el golpe mas furibundo que han sufrido nuestras armas y cuando ya creiamos que estaba extinguida la revolucion..... Señor secretario.

—Excelentísimo señor, dijo este apresurándose á presentarse.

—¿Hay nuevos pliegos?

—El que le manda á su señoria el general Calleja con el proyecto de reglamentacion para el armamento y pacificación del reino.

—Sí, ya sé, ese Calleja quiere meterse en todo como si fuera ya el que tuviera el mando supremo. Lo ví muy por encima y creo que es aceptable bajo